

todas las mañanas el mismo trabajo, lo mismo que un caballo que da vueltas alrededor de una noria con los ojos vendados. Sería la peor de las condiciones, según mi modo de entender, naturalmente, que un creador como usted se dijese: «Mi vida es limitada y nunca experimentaré otras sensaciones que las que ya he sentido. Desde ahora todas las mañanas empezaré á cantar la misma canción.» Vamos, es cien veces preferible la muerte á una existencia semejante.

—No hay nada que pueda limitar ni contener la imaginación del artista—dijo Derstal con energía.—Usted habla del alma de un poeta ó del cerebro de un músico, del mismo modo que si se tratase de un hombre de negocios de su país. Claro está que no hablo por mí en este momento, pues no estoy enfatuado hasta este punto. Pero limitémonos á los ejemplos históricos; se encierra al Tasso en la cárcel de locos, se priva de la vista á Milton, del oído á Beethoven, y se le encierra en el silencio horrible de la sordera; y con esto no se impide que los dos primeros escriban la *Jerusalén libertada* y el *Paraíso perdido*, y que el último componga la *Novena sinfonía*. La grandeza de un artista, y también su miseria, consiste en estar aislado en la humanidad, incomprendido en la mayor parte del tiempo mientras vive, y rehabilitado después de su muerte por la posteridad, algunas veces, no siempre. En este caso, ¿qué significan las emociones materiales de la existencia,

cuando se trata de seres excepcionales? ¿Quiere usted obligarlos á que se dobleguen á la ficticia y repugnante vida mundana? Es llevarlos á un suplicio. Exponerse á que se subleven en la exasperación que les imposibilita para desenvolver sus facultades creadoras.

—¿De modo que, según usted, un artista no puede adaptarse á un medio ambiente regular y opulento? Usted hace la apología de la bohemia.

—No; es la reivindicación de la independencia.

Susana hizo una mueca desdeñosa. La conversación que tan atrevidamente había abordado no había tenido el giro que ella habría querido. Derstal contestaba con audacia y vigor á sus tentativas de tiranía en el dominio de las ideas. El compositor no se dejaba imponer soluciones contrarias á sus principios. Susana resolvió variar de táctica, y trató de conquistar con amabilidad aquel espíritu rebelde á la violencia. Dejó la ironía, para hacer uso de artes de complacencia y afecto. Recobró su actitud admirativa de vasallo ante un soberano, y devolvió á Derstal la confianza en sus sentimientos. Pero al hacerlo provocó en otro de los pasajeros del yate una manifestación que hubiera podido causarles serias preocupaciones.

Jim Stewardt, el pariente obrero de la familia, el «trabajador», que tan completa indiferencia había parecido demostrar á Derstal mientras no se había tratado más que del músico, pareció ani-

marse singularmente cuando Susana empezó á querer hacerse agradable al artista en su presencia. En un espacio de 120 pies de largo por 30 de ancho, que eran la manga y eslora del yate de sir Brandón, no podía ocultar ó disimular sus acciones. Pero Susana ni lo intentaba siquiera. Acostumbrada á una libertad completa, no se preocupaba por ninguno de los que le rodeaban, y se conducía del mismo modo y manera que habría podido conducirse si hubiese estado sola con Derstal.

Jim, que durante los primeros días había estado ocupado dando cuenta de la marcha de los negocios, no había podido observar de modo evidente las coqueterías de Susana con Derstal; pero cuando las conferencias hubieron terminado y recobró un poco su libertad, pudo convencerse con una sola mirada de que un *flirt* había empezado entre su prima y el compositor. Pareció experimentar un vivo descontento, y así se lo manifestó en seguida á Harry.

—Querido—le dijo;—¿es real y verdadero el culto que tu hermana parece rendir á ese músico? Tu ya sabes que no me gusta perder el tiempo en cosas inútiles. Durante mucho tiempo ha parecido complacer á sir Brandón el que yo pensase ser su yerno, sin duda debido á que usted no ha querido ocuparse de los negocios de la casa. Yo me habría casado con mi prima con gusto, porque es hermosa, muy inteligente, y porque me habría

aportado en dote la mitad de la fortuna de su padre, á la cual me da algún derecho mi trabajo de todos los días. Pero si Susana prefiere á ese extranjero, es preciso que lo diga, pues yo tengo otras cosas que hacer que verla coquetear con su compañero.

—Jim, yo no creo que Susana te haya prometido nunca nada.

—Seguramente que no. Ella no me ha prometido nada, pues fué su padre quien me lo ofreció todo. Pero, al parecer, ahora es otro el que priva.

—Habla con ella; pero ¿qué podrá contestarte? Ya sabes que nunca impondrá nadie su voluntad á Susana, y que ésta no consentirá nunca en casarse más que con la persona elegida por ella.

—¿Crees que ese artista le gusta?

—Le gusta por el momento. Pero ¿se puede estar seguro de algo, tratándose de mi querida hermana? Sin duda alguna la ha fanatizado con su música, que es muy hermosa, y con su éxito, que no ha podido ser mayor. Jim, si hubieras asistido á las representaciones de su obra, comprenderías fácilmente que mi hermana haya podido perder el juicio. Durante todo el invierno ha sido la gran atracción de la curiosidad en una ciudad como París, en la que hay cien artistas eminentes en todos los géneros que solicitan la admiración del público. No puedes formarte una idea exacta de esto. Estos últimos días aún, en Venecia, ha oído llegar hasta él las aclamaciones de millares

de espectadores, enloquecidos por su genio, y un príncipe real le ha tratado de igual á igual delante de todo el mundo.....

—Sí, esto es lo que le seduce, Harry—dijo Jim con amargura.—La gloria vana. ¿Qué es lo que hay de halagador en eso de hablar con un príncipe, que lo olvida todo un cuarto de hora después? ¿Y qué valen los aplausos de un público, que se va á dormir y que deja con el dolor de cabeza que producen el calor y el ruido? ¿Es á un ciudadano de la libre América, y á un hombre como yo, al que se deben dar razones de tan poca consistencia? Querido, los negocios de la casa Brandón han producido este año noventa millones de dollars. El que encierra en su caja estos beneficios es algo más que un príncipe real, y me asombra que su hija piense en un musiquillo de tres al cuarto, cuando podría elevarse hasta un príncipe de sangre real.

—Susana dirá que es lo suficientemente rica para hacer lo que se le antoje.

—Y lo que se le antoja, según veo, no es casarse con un hombre de negocios.

—Si he de decir la verdad, Jim, creo que no. Pero yo, en tu lugar, la hablaría. No hay nada mejor que una explicación franca.

—Esa era también mi intención. Haces bien pensando que no me dejaré expropiar sin resistencia. La doctrina de Monroe no debe existir sólo para las esferas de influencia territorial, yo la entenderé á las cuestiones de sentimiento.

Harry se puso á reír.

—Veo que empiezas á desenfadarte—dijo.—Y de ello me alegro mucho. Prefiero verte bromear á verte triste, como estabas hace un momento. Yo te quiero mucho, por más que nuestros modos de ver sean diametralmente opuestos en todo. Pero tenemos la misma sangre, y me intereso mucho por lo que á ti se refiere. De todos modos, no dejarás la dirección de la casa ¿verdad?

—Está tranquilo Harry. Brandón y Compañía no tienen nada que ver con los asuntos de corazón de Jim Stewardt, y ten en cuenta que quien te habla no es un niño gruñón. Si no puedo triunfar del músico, me marcharé á América y me consolaré trabajando.

—¿Cuánto vales ahora, querido Jim?

—Tengo la décima parte de los beneficios, y todo mi dinero está colocado en la casa. Esto equivale á decirte lo que me produce.

—Entonces eres hombre de unos cien millones de dollars. Si continúas al frente de la casa, llegarás á ser, por lo menos, tan rico como Brandón. Pero precisamente la misma fortuna es la causa de tu inferioridad. ¿Qué quieres que Susana piense de un hombre que sólo tiene en su favor su capacidad industrial y su riqueza, cuando ella es tan rica por sí misma? Lo que resulta original á sus ojos es la pobreza. Todas las ventajas están de parte del artista, que tiene un valor excepcional. Para encontrar muchos hombres como mi padre y

como tú, Jim, no hay más que ir á la quinta avenida ó á Newport. La rareza es encontrar hombres como Derstal. Los que hay en todo el mundo pueden contarse, y ésa es su importancia.

—Mientras tenga talento y mientras triunfe— dijo Jim con flemma; — pero si cae de su pedestal, si se convierte en un hombre como los demás, ¿qué le queda? Nada; menos que nada. Es algo parecido á un banquero de la gloria que ha quebrado: no ha hecho frente á sus compromisos. Esto puede suceder, y es preciso pensar en ello con detenimiento. ¿Acaso Susana se sentiría orgullosa llevando tras ella toda la vida á un grande hombre agotado? Hé aquí lo que es necesario decirlo. El genio y el talento tienen su época, mientras dura la inspiración, que no es más que una llama ligera y caprichosa. ¿Está dispuesta á contentarse con tan poco?

—Pregúntaselo, Jim, y ella te contestará. Hacerlo es difícilísimo para mí; estoy enamorado del arte, tú lo sabes, y no hago ningún caso de las ventajas materiales.

—Porque las tienes todas. Yo te suplico, Harry, que no te burles de mí. Tu amor al arte no es más que un pasatiempo agradable de hombre desocupado. Tú no necesitas nada; la fortuna de Brandón está á tu disposición y puedes pagarte el lujo de parecer artista. Pero el otro, el músico, que no tiene más que su genio, no se sentirá molesto dorando las cuerdas de su lira con los *dollars* de

Brandón. Lo que va á hacer no es muy noble, que digamos.

—¿Estás seguro de que ha sido él quien ha intentado la aventura?

—¡Cómo! ¿Supones que Susana le da pie para que él hable?

—Tienes ojos, Jim; sírvete de ellos para aprender á conocer la realidad.

—Si es verdad, Harry, yo no tengo nada que hacer aquí. Los asuntos de negocios han terminado; suplicaré que al pasar por Brindisi me desembarquen, y tomando el rápido, dentro de diez días estaré en Nueva York.

—Así hablan los hombres. Haz lo que dices, y no seré yo quien asegure que Susana no reflexionará.

Mientras Jim Stewardt se preocupaba por las secretas intenciones de Susana, ésta continuaba prodigando á Derstal las más exquisitas distinciones y le rodeaba de las más seductoras amabilidades. Había tomado su partido. El orgullo de dominar al notable, cuya apoteosis brillaba aún ante sus ojos, la arrastraba hasta el extremo de olvidarse de todas sus antiguas resoluciones. Había venido á Europa con su madre con la resolución firme de completar su educación, divertirse y regresar á América para casarse, probablemente con Jim Stewardt, el robusto y práctico muchacho que prometía ser un marido tan complaciente como ya era inteligente industrial. Un capricho venía á

desbaratar todo este plan de conducta; y para esta extranjera, acostumbrada á hacer siempre su voluntad, con la complicidad de una madre todavía joven y muy frívola, y de un padre que consideraba al mundo entero como de su propiedad, debido al poder de sus riquezas, no había consideración que pudiese prevalecer contra sus fantasías. Lo importante para ella era no conducirse como las demás y no sufrir el destino común. Había visto á algunas de sus amigas de la alta sociedad americana que se casaban con descendientes de grandes familias inglesas ó francesas, y que llevaban con satisfacción los títulos hechos ilustres por la gloria de sus antepasados. Con desdén había declarado que semejante cosa equivalía á despreñar la pureza de la sangre nueva de las familias americanas, mezclándola con la sangre bastardeada de las razas del antiguo continente. Los descendientes de los grandes hombres, guerreros ó legisladores, no eran más que el polvillo de la gloria, el producto de los héroes. Por los héroes mismos se podía comprender el entusiasmo, pero por sus hijos degenerados y ávidos de vender sus nombres á cambio de dinero, no comprendía que se sintiese la menor admiración. Casarse con ellos era hacer un comercio miserable. Podía tolerarse á un hombre que saliese de la nada, pero que fuese ilustre por sí mismo; nunca á un representante adulterado de un esplendor extinguido.

Había visto en Derstal la realización de sus or-

gulosos deseos. Aquél no representaba el pasado; era el presente con todo su vigor, con el brillo de la gloria y las grandes promesas para el porvenir. Joven, hermoso, ilustre y elegante, tenía todas las condiciones para dominar y para colocar siempre en primer término á la mujer que llevase su nombre. En un país nuevo como América, en el que las artes están en un estado tan rudimentario, que casi se puede afirmar que no existen, la supremacía de un Derstal en la sociedad de Nueva York sería inmensa. Una extraordinaria curiosidad concentraría todas las miradas en el célebre compositor y en su joven esposa. El sueño de Susana se precisaba. Permanecería con Derstal en París el tiempo necesario para que un segundo triunfo en la Ópera viniese á aumentar considerablemente la resonancia del primero. Luego se llevaría á su gran hombre al otro lado del Atlántico; le instalaría con lujo fastuoso en el palacio que su padre hacía construir para ella frente al parque central, y le haría trabajar para América.

Los Estados Unidos gozarían, á partir de aquel momento, las primicias de todas las obras del maestro. Gracias á él, un arte musical existiría en América, y como él solo sería su representante, se aseguraría un prestigio sin igual. Susana se veía convertida en dueña absoluta de la opinión, directora de la moda y soberana indiscutible de la alta sociedad. Pensaba: «Habrá reinas menos poderosas que yo y que estarán celosas de mí. Ten-

dré un destino único conquistado por la sola influencia de mi voluntad.» Ni por asomo admitía que pudiese encontrar algún obstáculo en sus sueños de orgullo. ¿Quién se atrevería á contrariarla? Ciertamente no tendría que ser su padre, que aceptaba con una docilidad admirativa todo cuanto Susana decidía. Tampoco habría de ser su hermano, para quien la entrada del compositor en la familia sería un favor inesperado. Susana había leído en las miradas de Derstal que una palabra, una sonrisa, habrían de ser lo bastante para que cayese sumiso de rodillas á sus pies. Sólo quedaba Jim, y en verdad que Susana se preocupaba poco de él. Sabía cómo hay que hablar á esos sencillos, sinceros y tiernos yanquis, para imponerles la abnegación y el sacrificio. Con fina percepción había discurrido pronto y bien sobre todo lo que hay de inocente y generoso en esas naturalezas primitivas y fuertes, convenciéndose de que bastaba hacer un llamamiento á su valor para convertirles en seres heroicos. De modo que no pensaba en lo que le diría á Jim; cuando llegase el momento encontraría las palabras precisas, y el sacrificio del robusto *business-man* era cosa que para Susana no ofrecía ningún género de duda.

Entretanto, el yate recorría á pequeña velocidad lo largo de la costa de Dalmacia, dirigiéndose hacia el mar Tirreno. El tercer día, al entrar la noche, Brandón, que estaba en el puente con el capitán, bajó al salón y se encontró á los pasaje-

ros del yate escuchando á Derstal que cantaba al piano. De pie, muy cerca de él, estaba Susana, que volvía las páginas, y sentado en un sofá estaba Jim con la cabeza inclinada y como sumido en profunda meditación. Derstal había encontrado una colección de cantos antiguos, en los que la gracia inocente y tierna de la vieja Francia estaba deliciosamente reflejada, y con una expresión muy conmovedora en su sencillez los iba cantando uno tras otro. Brandón se detuvo sin hacer ruido, para no interrumpir al auditorio y escuchar él mismo. Con su potente voz, Derstal cantaba:

Mon cœur bat et ma voix soupire....
Hélas! mon ami n'est plus là!
J'ai tant de joie à mon martyr,
Que je voudrais que l'on parlât,
Sans cesse, de qui n'est plus là,
Tant pleurer m'est plus doux que rire!

Las últimas notas se perdieron en una especie de sollozo; Susana y Derstal se volvieron sorprendidos, y vieron que Jim tenía el rostro inundado de lágrimas. La joven hizo un movimiento para dirigirse á él, pero con un gesto la rechazó, y pasando por delante de su tío, se dirigió á la escalera que conducía á cubierta.

—¿Qué sucede?—preguntó Brandón.

—Sucede que, como todos nosotros, Jim se ha impresionado oyendo cantar á Derstal esa antigua canción. El alma inocente de los enamorados vibra en esa deliciosa cantinela..... Y Jim está, sin